

sangre; y bajo tal atmósfera, de tonantes electricidades cargada, se toman resoluciones, imposibles de tomar en una reconcentración de los espíritus dentro de sí mismos y en una plena serenidad del ánimo y del juicio. Los antiguos, en varias fases de su vida; cuando á sus acciones y á sus pensamientos daban orientación desusada; requerían de su inteligencia personal avisos y consejos en el seno de completa soledad, muchas veces mantenidas con ahinco durante meses y años enteros. Todos los reveladores orientales se han inspirado en el desierto; y todos han ido al desierto, sentida la vocación, para preparar sus destinos ulteriores y aperebir su vida futura con el ayuno, con la vigilia, con la penitencia. Moisés jamás constituyera su pueblo, de no haber caminado años y años antes, por la inmensidad del desierto, sembrando de candentes arenales, y cubierto por un cielo cargado de luminosas estrellas; pensó Mahoma el Korán en arenales análogos; y se preparó Jesucristo á su doctrina y á su pasión y á su muerte, allá, en las soledades palestinas, reveladoras de lo absoluto. Pero entrad en el Congreso lleno de supersticiones; donde los partidos militan en armas á que llamamos debates con la ceguera consiguiente á la superstición y al fanatismo; excitados vuestros espíritus por las exaltaciones ajenas; circuido de unos espectadores más intransigentes y más supersticiosos que los diputados mismos; entrad allí, sereno; y bien pronto, por mucha fuerza de voluntad que tengais; la enagenaréis en el seno de las opiniones ajenas, tomando por elaboración de nuestra propia mente y de vuestra propia inteligencia el contagio de una epidemia intelectual, de cuyos miasmas no habeis podido preservaros. Yo fuí enemigo toda la vida de sesiones permanentes. Me opuse á que proclamáramos la República en una sesión permanente, como la sesión del once de Febrero; y me opuse á que libráramos á otra sesión permanente la suerte del régimen republicano la horrible madrugada del tres de Enero. Al poco tiempo del transcurso de tales sesiones, se pierden los estribos de todos, tomándose los peores acuerdos sin la debida circunspección, que ve los circunstantes y las circunstancias con claridad, y sin la debida meditación, que pesa el contra y el pro antes de tomar un definitivo irreparable acuerdo. Cuántas veces, en aquellas sesiones, la que fundó y la que derribó el régimen republicano en España, estuvimos á punto de variar en los propósitos y en los acuerdos definitivos; y cuántas veces, apremiados por impacencias, incapaces de contar con el tiempo, digimos aquello que no hubiéramos deseado decir é hicimos aquello que no hubiéramos deseado hacer. La resolución de fallar sobre la suerte del Rey en una sesión permanente hizo de tal formalidad republicana y ceremonia francesa una festividad cruel de las usuales en el circo romano, cuando el Emperador y su corte se colocaban en las primeras gradas rodeadas de cazoletas que consumían incienso y de trofeos que despertaban mil dormidas soberbias, y junto al Emperador, en las gradas superiores vecinas se colocaba el Senado, con sumo aparato y suma pompa, destinados á ocultar su nulidad en el Imperio, deslumbrando con los resplandores externos del poder á cuantos señoreaban de

que hubiese perdido sus facultades históricas tan soberano instituto; y sobre las curias patricias los sacerdotes con sus colegios de ambos sexos y sus dioses propios, que al cabo eran los dioses de todo el pueblo; y sobre los sacerdotes las centurias convirtiendo sus armas y sus escudos en objetos é instrumentos de juegos cortesanos; y sobre las centurias los ciudadanos del comicio, la plebe, ciudadanos, entre quienes se repartían, como dones y regalos preciosos del gobierno, garbanzos tostados, ases, números de cien loterías, amén del número de su asiento de marfil; y sobre los comicios las damas casi desnudas, por el rojo de las velas y toldos purpúreos realzadas, fijando sus miradas en el suelo cubierto con polvos de minio y oro, donde se buscaban, espada en mano, se arremetían furiosos, se malherían implacables, se mataban sin odiarse unos á otros los gladiadores, cuya hirviente sangre, al caer, pura y joven, trastornaba todas la cabezas y producía una demencia universal.

Volvamos al seno del Congreso y á los relatos más famosos de su sesión permanente. Desconfiando del republicanismo de los unos los otros, y sospechosos así todos, ninguno quería esconder ó disimular aquellos actos y aquellos votos, que pudiesen de algún modo confirmar su odio al régimen antiguo y su devoción al nuevo régimen. Y no podía ofrecerse coyuntura tan propicia para mostrar estos afectos, como la sesión magna, en que debía tratarse la sentencia y castigo del Rey. Así girondinos y montañeses clamaban por la publicidad en todo cuanto á la votación se refiriera. Biroteau, girondino, proponía se levantase cada diputado en pública sesión, al tocarle votar, y subiendo solemnemente á la tribuna, dijera, desde allí, su parecer, y expresara, en voz alta, su voto, repetido inmediatamente después por los escrutadores, y consignado en el acta oficial por los secretarios. Bourdon, verdadero montañés, pidió más, pidió á cada cual con todo empeño la firma de su voto. Pues bien, esto exigía un tiempo enorme; y este tiempo, empleado en formalidades repetidas, según la suma de los diputados, setecientas veces, y aun más, traía consigo, como natural fruto, fatigas materiales y morales indescriptibles. Setenta y dos horas duró el acto; y en aquellas setenta y dos horas hubo necesidad de repararse cada cual con el sueño y con la comida dentro del Congreso. A las horas veinticuatro, ya estaban fatigadísimos; á las cuarenta y ocho parecían verdaderos fantasmas; á las setenta y dos habían todos dementado en una demencia, pasajera ciertamente, mas efectiva en la realidad, y eficaz para determinar muchos de sus actos y explicar los más inexplicables. Poned una complexión verdaderamente nerviosa bajo un aire muy electrizado, y en sitio de calor infernal, sustentado por el humo de las luminarias y por el vaho de las bocas: tendréis en seguida estallidos de nervios rayanos con la epilepsia y con la demencia. Nada tan lejos de la importancia del acto como el aspecto de la sesión. Cuando iba realmente á perpetrarse un sacrificio religioso, en que pagaba Luis XVI las culpas de todos los reyes, no aparecía por ninguna parte un asomo de religiosidad. El templo de la justicia se había

convertido en un teatro de las ferias. Aquella sublime Convención francesa no parecía el oráculo de lo porvenir, la Pitonisa levantada sobre su trípode, parecía triste prostituta borracha sobre el mostrador de una taberna. Las damas aristocráticas, escotadas en una escandalosa desnudez, cubiertas de flores y joyas, habiendo hecho de las tribunas del Congreso palcos de la Ópera por lo extremado del regocijo y del lujo, reían y hablaban todas á un tiempo, tomando helados con cucharillas de plata y oro, las cuales resonaban sobre los cristales, y bebiendo en vasos historiados horchatas y licores como las señoras romanas en los antiguos circos. Tal fué la numerosa reunión política, donde los dos sexos estaban representados por tan eximios representantes y las galanterías realizaban el espectáculo, y los galanes iban, llenas las manos de naranjas y confites, al obsequio de las damas, quienes mantenían á una la sabrosa conversación general con sus dichos ingeniosos y premiaban los halagos y los homenajes con miradas y sonrisas muy cercanas del más vivo entre todos los humanos afectos, muy cercanas del amor. Parece imposible; mas la elegancia, la riqueza, lo que llamamos el gran mundo en la vida, no estaban por la parte del salón, á la Gironda vecina, estaba por otra parte, por los alrededores de la Montaña. Con sólo presentar los montañeses un correligionario, como el duque de Orleans, presentaban la fortuna mayor de Francia. Junto á Orleans hallábase Lepelletier, uno de los primeros propietarios franceses; junto á Lepelletier Secheller, de inmensa fortuna; junto á Secheller Cloutz, quien había llevado á Francia desde Germania sus tesoros en metales y sus tesoros en ideas. Triunfante la Montaña, pues aquella sesión representaba tanto como el desastre definitivo de la Gironda, mostraba su alegría con regocijados gritos, mostrando á los adeptos de fuera el número de fundadas esperanzas sentidas por los representantes de adentro. Tantos señorones, como se habían hecho republicanos, y republicanos rojos, agujoneados del placer de vivir, embellecían aquella su tormentosa y disputada vida con el placer amoroso, cultivando la sociedad aristocrática, restante de pie todavía, departiendo del amor y sus goces con las más bellas y más ingeniosas damas. Mujeres legítimas unas, mujeres de ganancia otras, instruídas y bellas casi todas, ponían sobre los trajes cortesanos del antiguo tiempo y del antiguo modo lazos tricolores, con los cuales se creían autorizadas á defender la República, cual pudiera Madame Roland, arrojando el ascua de sus ojos y de sus afectos á las más republicanas exageraciones. No quiero se me olvide una comparación vieja sobre los monárquicos aristócratas, al régimen republicano recién pasados ó conversos, y como recién pasados ó conversos, exageradores violentísimos de tal régimen. «No quiero, decía yo, en cierta ocasión, que vengan los monárquicos á la República. Ya sabéis cómo llamanos á los reaccionarios en España, *cangrejos*. Y los llamamos con razón, pues mientras viven tales monárquicos en el agua templada de la Monarquía, todos están pálidos; mas así que los sumergís en el agua caliente de la República, todos, cual los cangrejos, se vuelven rojos». Con efecto, ¿quién había de creer que pro-

moverían las mayores risotadas y los escándalos más ruidosos las damas y los galanes adscritos al severo y exaltado partido montañés? Las algazaras de tal costado se aumentaban mucho con las idas y venidas de los diputados á decir amorosos requiebros para llevarse dulces palabras y dulces sonrisas, así como con la ida y la venida de los ugieres parlamentarios de la Montaña, llevando y trayendo confites y helados. Aunque los reglamentos negaban todo acto de aprobación ó reprobación al público de las tribunas, aquellas ilustres damas no hacían caso del Reglamento, y bajo la presión de sus pasiones, vociferaban en favor de los rojos y á los rojos aplaudían, mientras silbaban ruidosamente y maldecían á todos los templados. Tal fuera el aspecto peor de aquella sesión interminable.

La presión de fuera, menos violenta y amenazadora que otras veces, no era por eso menos real y menos efectiva. El más recatado de todos los convencionales, el jefe de las fracciones jacobinas, Robespierre, lanzaba un silogismo sobre las ardientes pasiones, el cual silogismo, bien lejos de apagarlas con su frío, las sobrecitaba y enardecía del todo extremando su calor y su voracidad. El jefe pesaba sobre la escuela; y la escuela pesaba sobre los clubs; y los clubs pesaban sobre cada sección municipal; y cada sección municipal sobre todo el Consejo; y todo el Consejo sobre las gentes desparramadas por las calles en pos del combate político; y las gentes desparramadas por las calles en pos del combate político sobre las gentes que circuían el Congreso; y las gentes que circuían el Congreso, que circuían la Convención, sobre las que dentro de su recinto entraban; y las gentes, que dentro de su recinto entraban, sobre los diputados; y así, poco á poco, se fué formando aquella bola de nieve, la cual, enorme y monstruosa, concluyó por convertirse pronto en témpano, como el témpano se convirtió en alud, como el alud se quebró en fragmentos, los cuales, al desprenderse y rodar, no sólo aplastaron la cabeza del Rey, aplastaron la cabeza de todos cuantos votaran la sentencia y muerte del Rey. Tres preguntas, verdaderas cuestiones, se formularon, después de haber decidido recayera sobre todas el voto público. Primera pregunta: «¿Es el Rey culpado?» Segunda pregunta: «Si es culpado, ¿qué pena merecerá?» Tercera pregunta: «Si merece pena, ¿se someterá tal pena de algún modo á la sanción popular?» Formuladas estas tres cuestiones, y decidido se resolvieran en votación pública, no hubo más remedio que votar. Con excepción quizás de unos cuantos diputados, que no sumaran dos docenas, seiscientos ochenta y tres votos decidieron que Luis XVI era culpado. Ya lo hemos dicho varias veces. Decidido esto, debía decidirse lo más terrible: á cuál pena sería el Rey acreedor. Por bajo de manga, con su cuenta y razón, el jefe de los franciscanos había tratado, según su energía personal, que podemos llamar dantoniana, de aplazar la causa, de impedir la sentencia. Y no había desesperado de conseguirlo hasta que viera la culpabilidad votada casi por voto unánime. Pero, hecha tal declaración, se quedó en esta horrible alternativa: ó bien apresurar la muerte del Rey, inevitable ya, ó bien al verdugo entregarse de una vez él mismo, acosado

por la envidia de Robespierre. Corría el diez y seis de Enero, mil setecientos noventa y tres, discutiendo un tema gravísimo en aquella sesión perdurable, si la muerte del Rey, debía decidirse por las dos terceras partes de votantes ó por la simple mayoría numérica. Danton dijo que se resolviera en favor de la mayoría, con estas tonantes palabras: «Habéis resuelto por simple mayoría la suerte de todos. No habéis pedido ninguna garantía más para resolver sobre la República y para votar la guerra, una y otra decretadas á simple mayoría de votos. Y ahora, después de haber decidido por mayoría la suerte de todos, pedís que se resuelva por dos terceras partes del total de votos la suerte de uno solo. Se pretende que no sea definitivo el juicio. Y yo pregunto si la sangre vertida en los campos de batalla, sangre corriente aún, no ha corrido ya de un modo definitivo y supremo». Estas palabras incontestables resolvieron que la sentencia del Rey se votase por mayoría de votos, por mayoría relativa, pura y simple. A esta hora no prevalecía la calma chicha supuesta por Luis Blanc. Los sicarios del Consejo municipal hablaban del nuevo dos de Setiembre, que debía decretarse, para inmolar á los realistas. Plañíanse, como almas en pena, los presos dentro del purgatorio de sus prisiones, temiendo ver entrar los degolladores en sus negros antros para pasarlos á cuchillo. El pánico más atroz imperaba lo mismo sobre aquellos designados para víctimas que sobre aquellos designados para verdugos. Por las puertas últimas de París, llamadas barreras, iban aglomerándose millares de fugitivos, quienes parecían huir del terror y huían de sí propios. El diputado Lebas estaba tan cierto de una degollina, que clamaba: «reúnanse nuestros suplentes fuera de París y nosotros en París desafiaremos á todos nuestros enemigos». Requería Roland, tras pasado del más justo dolor, de la Convención el mando para sí de las fuerzas armadas oficiales, la cual hubiera equivalido á reconstituir el orden público, pues el ministro de la Gobernación era; y entregó el Congreso á los comuneros y á la comunidad el mando de las fuerzas armadas oficiales, lo cual equivalía en el fondo á decretar la revolución eternal. ¡Qué parte de la sesión permanente ó perdurable aquella, en cuyo término la pena del Rey se votó por la Convención! En los alrededores del Parlamento y en sus estancias innumerables revolucionarios pedían á voz en grito, no el juicio, la sentencia; por aquellas entradas, estrechísimas y oscuras, como entradas de convento, veíanse pasar grupos, los cuales, no auxiliares de la Convención republicana, conjurados contra la Convención republicana, parecían; en los patios, tortuosos y sombríos, como buenos patios conventuales, disertaban, cual si fuesen galerías del palacio real y sus cafés víspera de la Bastilla, multitud de clubistas, disparatando los unos por su cuenta, repitiendo casi todos las fórmulas oraculares de sus maestros y profetas echadas á perder en aquellas bocas de ganso; embajadores expedidos por la sociedad, madre de todas las sociedades revolucionarias, por aquella sociedad jacobina, genio y demonio de la revolución, se apostaban en los pasadizos, ofreciendo coronas de laurel y homenajes de aplauso á los intransigentes, mientras

á los moderados palabras de censura y amenazas de muerte; aunque las armas deben estar prohibidas donde quiera se reúnen los Parlamentos, aquí relampagueaba un sable, allí vibraban las picas cual una vegetación enfermiza cargada con los microbios de la demagogia, más lejos se oían los choques de las baquetas en los fusiles y el rodar de los cañones sobre los pavimentos y el grito de aquellos que se denominan cuerpos de guardia, donde la indisciplina desataba todas las lenguas y daba margen á los mayores desacatos verbales; y así, en tanta confusión, imposibilitados los que debían guardar el orden de separar la multitud de los espectadores y la multitud de los convencionales; mezcladas las tertulias femeniles de los altos parajes llamados tribunas con los tribunales de abajo; dormidos éstos en una gran parte sobre los bancos parlamentarios, ó sedes suyas, y otros, sobrescitados por las disputas entre todos empeñadas; predominaba esta frase, dirigida de un modo colectivo á los votantes por los innumerables parisienses apoyados en el cosmopolitismo republicano, á la sazón imperante: «ó tu muerte, ó su muerte ciudadanos de la Convención».

A parte de todo esto, debe insistirse mucho en que la Convención se dejó llevar del apasionamiento universal; pero no se dejó imponer por el universal terror aquella inverosímil pusilanimidad, que le atribuyen sus mayores y más exaltados enemigos. Por muy quebrantada que la monarquía estuviese, aún se personificaban en ella todas las costumbres presentes y todas las tradiciones heredadas. Para caer, pues, sobre la cabeza y corona del Rey, se necesitaba un gran valor cívico. Todos cuantos propusieron la sentencia capital, por creerla merecidísima, quemaron sus naves. Cierta diputado montañés expresó, por modo admirable, tal situación de ánimo en los votantes. Como le preguntara un indiferente si para tales empresas había firmado un verdadero convenio con la victoria, contestóle: «con la victoria no, pero sí con la muerte». Aquel voto, en efecto, les traía para lo sucesivo aparejadas, no solamente la muerte, la infamia y la deshonra también. Comenzó la votación del castigo á la hora del crepúsculo, á esa hora en que la luz diurna se apaga, mientras al eco de la campana, que evoca la oración, aparecen por el cielo infinito las estrellas y aparecen los buhos y los murciélagos y las aves nocturnas por nuestros callados aires terrestres. Esta hora del anochecer, nunca celebrada en la ciudad como suele en el campo celebrarse, es una hora, sin embargo, del gran tumulto reinante sobre París y sobre la Convención exacerbado por miles de sabidas circunstancias, es una hora, decía, de recogimiento y de meditación. El aspecto de los Parlamentos cambia mucho en las noches. Y este cambio se nota más en las tardes, cuando el crepúsculo vespertino impone la iluminación artificial del salón de sesiones. Mal iluminada la Convención, aquella noche, aparecía. El Parlamento de la igualdad no pudo iluminarse por igual. Unos puntos resaltaban demasiado al resplandor excesivo de las bujías mientras otros puntos quedaban en completa obscuridad. Bajo este aspecto parecíase la Cámara de suyo á monta-